

## EL RESCATE DE LENGUAS PERDIDAS \*

CYRUS H. GORDON  
*Universidad de Brandeis*

LAS HUELLAS FÍSICAS del hombre se encuentran desde la época geológica, pero la existencia del hombre que sabe leer y escribir apenas data de unos cinco mil años. En aquellos tiempos el centro de la creación humana se encontraba en el cercano Oriente, de Mesopotamia a Egipto. Alrededor del año 3000 A. C., los habitantes de la parte sur de Mesopotamia empezaron a escribir con estilete en tabletas de arcilla, y en piedra con cincel o buril. Su escritura era pictográfica, pero se estilizó hasta llegar a los signos de cuñas y líneas que llamamos cuneiformes.

Mucho antes del año 3000 A. C., la gente emprendedora del cercano Oriente había abierto rutas comerciales para conseguir materias primas y hacer el canje de productos manufacturados. Mesopotamia y Egipto estaban conectadas por dos rutas principales: una marítima, rodeando la Península Arábiga; y otra terrestre, atravesando Siria y Palestina.

Los egipcios empezaron a escribir jeroglíficos poco después de que los mesopotamios desarrollaron su escritura. La diferencia de aspecto entre la escritura egipcia y la mesopotámica basta para demostrar que no hubo préstamo directo, pero las ideas básicas de ambos sistemas son las mismas, y debemos mirar la escritura egipcia (y escrituras posteriores del cercano Oriente) como manifestación de la difusión de estímulos; es decir, se difundió la idea, pero fue expresada en formas nuevas.

Al empezar el siglo XIX, los textos cuneiformes y los jeroglíficos eran misterios no solucionados. La literatura inteligible más antigua era Homero y los primeros libros del Antiguo Testamento, ninguno de los cuales había sido escrito en la forma en que han llegado a nosotros, antes del primer milenio antes

\* La presentación de este tema está simplificada en este artículo. El lector interesado en obtener más detalles puede acudir a mi libro *Forgotten Scripts*, Thames and Hudson, 1968. La Redacción acaba de recibir la obra para reseña. Esta aparece en la página 78 del presente número. *Estudios Orientales* se honra con la publicación de este artículo que anticipa *Forgotten Scripts*. [E.]

de Cristo. Desde 1800 d. c., el descubrimiento y el desciframiento de los textos antiguos han aumentado la historia escrita en dos mil años, y han revolucionado nuestros horizontes intelectuales. Los griegos y los hebreos ya no están al principio de los tiempos documentados; al contrario, se nos muestran ahora como “recién llegados”, que no aparecen como un factor histórico coherente antes del año 1500 a. c. —un milenio y medio después de que Mesopotamia y Egipto hubieron alcanzado cumbres clásicas de cultura escrita. Los sumerios y acadios de Mesopotamia habían producido grandes ciudades amuralladas con imponentes torres escalonadas (*ziggurats*), tumbas reales llenas de obras de arte de orfebres y joyeros, así como documentos escritos que iban desde la poesía hasta registros administrativos. El Antiguo Imperio de Egipto no sólo había legado las pirámides (la única de las Siete Maravillas que todavía está en pie), sino también arte y textos, que imponen respeto por sus cualidades y su buen gusto. El cuadro resultante no es como lo imaginaban nuestros abuelos. Lejos de ser primitivo, el medio de Abraham o Agamenón era altamente sofisticado e internacional. El Génesis nos muestra a Abraham viajando de Harran (actualmente en el centro-sur de Turquía), por Canaán, hasta Egipto, y de vuelta a Canaán. Hace tratados con los filisteos, alianzas militares con los amoritas, compra tierras a los hititas, tiene una concubina egipcia, y se lleva la victoria ante una coalición de reyes invasores que vienen desde un sitio tan lejano como Elam (actualmente parte de Irán). Puede ser que en Egipto haya visitado las pirámides de Gizeh, que ya eran antiguas maravillas, con mil años de existencia. Canaán era tan internacional que los escolares usaban libros de texto escritos hasta en cuatro lenguas diferentes al mismo tiempo. Sabemos todo esto, y mucho más, gracias al hecho de haber podido descifrar textos encontrados en excavaciones en el cercano Oriente. Resulta que nuestra herencia bíblica clásica no es producto de los primeros esfuerzos civilizados del hombre antiguo, sino más bien la culminación de un pasado largo, espléndido y cosmopolita.

Las luces del siglo xviii produjeron hombres con espíritu de aventura y amplia curiosidad intelectual. Uno de ellos fue Carsten Niebuhr (1733-1815), quien se unió a una expedición que iba a Arabia, bajo el patrocinio del rey Federico V de Di-

namarca. Después de la muerte de todos sus compañeros, la curiosidad de Niebuhr lo llevó en 1765 a Persépolis, Irán, donde los reyes aqueménidas como Darío y Jerjes habían dejado inscripciones en tres tipos de escritura cuneiforme, que representan tres lenguas distintas. Un profesor de secundaria alemán llamado Georg Grotefend (1775-1853) decidió en 1802 dar solución al enigma de la primera de las tres versiones, que tomó lógica y acertadamente como persa antiguo, el idioma de los reyes que mandaron escribir los textos.

El pensamiento de Grotefend fue sencillo. Hizo algunas suposiciones de base, y empleó algunos hechos básicos. El estilo de las inscripciones cortas es formulario, con repeticiones obvias. Supuso que atañían a los reyes de Persia y que, por lo tanto, cada texto daba el nombre del rey en cuestión, con sus títulos y sus antepasados. Supuso correctamente que un grupo de signos que recurría con frecuencia significaba "rey". Decidió que otro grupo que se encontraba entre titulares reales debía significar "hijo (de)". Luego notó que un rey era hijo de un hombre que no tenía título de "rey". El historiador griego Herodoto consigna la genealogía real de los reyes aqueménidas. Grotefend vio que el rey Darío I era hijo de Hystaspes, que no era rey. Haciendo coincidir los signos del nombre más corto con la antigua forma de "Darío", y los signos del nombre más largo con la forma antigua de "Hystaspes", Grotefend encontró la clave del sistema.

El paso siguiente lo dio Henry Rawlinson (1810-1895), un inglés con espíritu aventurero, quien con riesgo de su vida copió la enorme autobiografía trilingüe de Darío en Behistun, Irán. Ésta contenía muchos nombres más, que eran identificables por el contexto. Esto proporcionó más valores fonéticos, lo que permitió a los estudiosos pronunciar numerosas palabras en persa antiguo, palabras cuyo significado era inteligible gracias a las escrituras en persa antiguo de los parsis; seguidores de Zoroastro que habían emigrado desde Irán a la India, donde constituyen actualmente una minoría pequeña, pero próspera y educada.

Aunque el persa antiguo fue la primera lengua de las inscripciones trilingües aqueménidas que se descifró, no era la más importante. Los numerosos nombres propios, que aparecen en el mismo orden en las tres versiones, dieron la clave

de las otras dos lenguas: el elamita y el babilónico. Los arqueólogos descubrían en Mesopotamia grandes cantidades de textos cuneiformes, con la misma escritura que la tercera versión de los trilingües. Esa lengua debía ser el asirio-babilónico, generalmente conocido en la actualidad como acadio. Su escritura tenía demasiados signos para ser alfabética (es decir, para que cada símbolo representara una consonante o una vocal), con lo cual los descifradores sabían que debía ser un silabario (donde cada signo representa toda una sílaba).

El sistema acadio es muy complicado, pues además de los signos que representan sílabas, contiene muchos que indican palabras. Por ejemplo, la palabra acadia para "carro" es *nar-kabtu*. Se puede escribir con el signo de "carro", o silábicamente, en muchas formas; v. gr.: *nar-kab-tu*, *na-ar-ka-ab-tu*, *nar-ka-ab-tu* o *na-ar-kab-tu*. Y la complejidad no se detiene aquí. Cada sílaba puede escribirse de diferentes maneras. Por ejemplo, hay una variedad de signos para *tu*, que visualmente no se parecen para nada entre sí; lo mismo sucede con el signo de *ka*, etc. Además, los escribas no sintieron necesidad de ser consistentes, como la sentimos nosotros cuando escribimos "hierba" o "yerba", "oscuro" u "oscuro",\* pero no las dos formas en el mismo texto. El resultado fue que los descifradores se vieron con frecuencia al borde de la desesperación, y el mundo académico desconfiaba mucho de los resultados. En 1857 se resolvieron las dudas: cuatro eruditos (Rawlinson, Edward Hincks, Jules Oppert y William Henry Fox Talbot) recibieron copias de un texto recientemente encontrado, con instrucciones de traducirlo cada uno por su lado y entregar los resultados en un sobre sellado. Al abrir los cuatro sobres se vio que había tantas coincidencias fundamentales entre las traducciones que ya no podía haber duda: el acadio había sido descifrado. Quedaba por hacer mucho trabajo de detalle, pero se había logrado lo esencial. Es de notarse que el acadio es una lengua semítica emparentada con el hebreo y el árabe. El hecho de que tanto su vocabulario como su gramática frecuentemente coinciden con los de otras lenguas semíticas ayudó a adelantar los estudios de esta lengua.

Los especialistas en escritura cuneiforme pronto se dieron cuenta que había una lengua no semítica de gran importancia

\* El original da dos ejemplos en inglés "gray" y "grey", "though" y "tho". [T.]

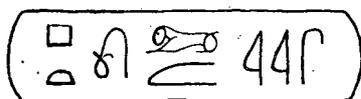
cuyos textos estaban en la misma escritura que el acadio. Afortunadamente, los antiguos escribas prepararon libros de texto para enseñar el vocabulario y la gramática de esa lengua no semítica a alumnos acadios. Aunque tenemos miles de textos en ese idioma, conocido como “sumerio”, no está tan estudiado como el acadio, porque no está relacionado con ningún grupo de lenguas conocido.

Sería difícil exagerar la importancia histórica de la literatura cuneiforme. Nos ha dado las raíces de la tradición legal de Occidente. El Código de Hamurabi sólo es una de las legislaciones mesopotámicas. Las bases de nuestras ciencias exactas —en especial las matemáticas y la astronomía— también se encuentran en tabletas en cuneiforme. Todavía empleamos el sistema sexagesimal de los sumerios al dividir el círculo en  $360^\circ$ , la hora en 60 minutos formados por 60 segundos. Todavía empleamos algunos de los antiguos nombres mesopotámicos de las estrellas, aunque sea en traducción; así, la estrella que llamaban Ishtar (la diosa del amor) recibe el nombre latino de Venus (pasando por el griego Afrodita). Las semillas de nuestra economía capitalista también fueron sembradas por los mesopotamios, que fueron los primeros en idear métodos para alentar las inversiones por medio del pago de intereses o dividendos. Llamaron a los fondos que recibían los intereses *qaqqadu* “cabeza” tanto la institución como la terminología pasaron al Occidente por la difusión del comercio mesopotámico. Los griegos y los hebreos aplicaron sus respectivas palabras para “cabeza” a “fondos, capital”. Los romanos hicieron lo mismo con la palabra latina *caput* “cabeza”. Nuestra palabra “capital” se deriva del latín *caput*. Gracias a que hemos descifrado el acadio, podemos ver que los orígenes de los rasgos esenciales del “capitalismo” se encuentran en Mesopotamia.

Mientras Grotefend descifraba la escritura cuneiforme del antiguo persa, otros eruditos estudiaban el egipcio antiguo. En 1798 la fuerza expedicionaria de Napoleón en Egipto encontró por casualidad la Piedra Roseta, que contiene tres versiones del mismo texto: una en griego y las otras dos en formas distintas de egipcio. En 1802 el diplomático sueco Johan David Akerblad, haciendo coincidir los nombres de la versión griega con la primera versión egipcia (llamada demótica), logró pronunciar una buena cantidad de signos e identificó algunas palabras

y elementos gramaticales basándose en el copto (= lengua egipcia escrita en letras griegas, todavía usada por la iglesia cristiana de Egipto). Posteriormente Åkerblad se encontró en un callejón sin salida y no se animó a abordar la tercera versión, que era pictográfica (es decir, en jeroglíficos egipcios).

La dificultad con la que se toparon Åkerblad y sus contemporáneos era psicológica. La opinión general era que los símbolos jeroglíficos representaban conceptos misteriosos o espirituales; en realidad, el sistema es principalmente fonético. Por ejemplo, un "león" no simboliza algo como "fuerza sobrehumana", sino que simplemente representa la letra "l", pues sucede que la palabra egipcia, al igual que su traducción española, empieza con "l". El concepto erróneo según el cual los jeroglíficos no eran fonéticos estaba tan firmemente arraigado, que nadie se acercó adecuadamente al problema de los jeroglíficos hasta que el médico británico Thomas Young los estudió en 1814. Hay grupos de jeroglíficos encerrados en un anillo llamado "cartucho". Se había sugerido, y con razón, que el cartucho debía ser una forma honorífica de escribir los nombres de los reyes. Young comparó entonces los grupos de signos escritos en cartuchos con los nombres de los faraones escritos en griego. Por ejemplo, el griego PTOLEMAIOS "Ptolomeo" corresponde a:



Poniendo los signos en serie, tenemos:



Haciendo corresponder los jeroglíficos con la forma griega del nombre, obtenemos 1 = p, 2 = t, 3 = o, 4 = l, 5 = m, 6 = y, 7 = s. Young identificó correctamente (o casi correctamente) la mayoría de estos signos. Continuó la comparación de los jeroglíficos en otros cartuchos del período greco-romano con la ortografía griega y latina de los nombres. Probó que los jeroglíficos egipcios eran esencialmente foné-

ticos, y no místicos. Al francés Jean François Champollion le tocó demostrar que el carácter fonético de los jeroglíficos no estaba limitado a los nombres griegos y latinos. Haciendo uso del testimonio de textos bilingües como la Piedra Roseta, y de la gramática y el vocabulario del copto, Champollion logró en 1822 hacer dar un formidable adelanto a la lectura de los textos egipcios; a partir del descubrimiento básico de Young, convirtió la egiptología en una disciplina filológica y la puso en el camino adecuado. Una de las revelaciones de la egiptología es el alto nivel de la medicina racional prehipocrática en el Valle del Nilo, que culminó con el Papiro Quirúrgico de Smith.

Las inscripciones acacias y egipcias eran conocidas en Europa mucho antes de que fueran descifradas por esas agudas inteligencias en el siglo xrx. Sin embargo, hay un texto importante que fue descifrado en el año siguiente a su descubrimiento y publicación. Claude Schaeffer empezó a excavar el montículo sirio de Ugarit en 1929, y descubrió tabletas de arcilla escritas en un nuevo tipo de cuneiforme. Fueron entregadas para su estudio a Charles Virolleaud, y se publicaron rápidamente. Esta escritura sólo tiene treinta letras, y las palabras están muy cómodamente separadas por un signo de separación. Virolleaud se dio cuenta de que la escritura era alfabética (es decir, que cada letra no representa sílabas o palabras polisilábicas, sino un solo sonido). Vio que la palabra de una letra que encabezaba lo que parecía ser una epístola debía ser la preposición "a" (seguida por el nombre o el título del destinatario). A Hans Bauer (1878-1937) le tocó dar los siguientes pasos decisivos. Primero, supuso que debía tratarse de una lengua semítica, puesto que había sido hallada en tierra semítica. Eso significaba que la palabra de una letra de Virolleaud, que quería decir "a" sólo podía ser L (pronunciado *la* o *li* en hebreo y árabe, respectivamente), que es la palabra para "a" en hebreo y las demás lenguas semíticas occidentales. Por consiguiente, otra palabra, XIX tenía que corresponder (con X = *sh*) al hebreo *sh-l-sh* "tres", porque ninguna otra raíz semítica tiene *l* en medio, entre dos consonantes idénticas. Esto dio una clave del carácter numérico de otras palabras, cuyo patrón pudo entonces ser identificado gracias a los pocos hechos ya descubiertos. Por

ejemplo, el numeral *xx* sólo podía corresponder al hebreo *sh-sh* "seis", una vez que ya existía la conjetura de que el ugarítico *X* = hebreo *sh*. Otro numeral, *xy* debía corresponder al hebreo *sh-n*, "dos, segundo" con *y* = *n*. Más adelante se vio que el numeral *xzy* era igual al hebreo *sh-m-n* "ocho", con *z* = *m*; y que *xzyqz* sólo podía ser *sh-m-n-y-m* "ochenta", lo cual dio *q* = *y*. Pero el mayor mérito del trabajo de Bauer fue el aplicar los principios de la lingüística semítica al desciframiento del ugarítico. Por ejemplo, sabía que en semítico ciertas consonantes se empleaban con gran frecuencia como prefijos, otras como subfijos, y algunas como ambas cosas. Al hacerlas corresponder con las consonantes de frecuencia y posición apropiadas en ugarítico, hizo varias identificaciones correctas. También cometió algunos errores, pero éstos fueron corregidos en parte por Édouard Dhorme (1881-1966), y Bauer tuvo la flexibilidad y el sentido común suficientes para reconocer y aceptar las correcciones de Dhorme sin vacilación. Para 1930, el desciframiento estaba casi completado. Virolleaud, a quien fueron entregadas las tabletas descubiertas posteriormente, introdujo nuevos detalles, y ha continuado publicando el caudal de tabletas que han sido excavadas en Ugarit durante las últimas cuatro décadas. El autor de este artículo empezó a trabajar en Ugarit en 1935, cuando muchos eruditos contribuían a estos estudios, pero sin poder contar con una gramática o un diccionario detallado que les indicara lo que era y lo que no era posible. El resultado fue un torrente de publicaciones internacionales, que se pueden describir como una gran cantidad de escoria mezclada con un poco de oro. Mi *Ugaritic Grammar* (Roma, 1940), que trajo algo de orden al caos, ha sido reimpresa y reeditada varias veces. La última edición lleva el título de *Ugaritic Textbook* (Roma, 1965; reimpresa con un suplemento, 1967) y contiene la gramática, el léxico, selecciones de lecturas en cuneiforme, una edición completa de los textos transliterados, etc.

La importancia del ugarítico se refleja en la cantidad de universidades y seminarios en el mundo entero donde se enseña como lengua semítica de primer orden. Ha dado un nuevo empuje a los estudios del Antiguo Testamento y ha llenado el abismo que existía entre Homero y la Biblia. Demos una sencilla ilustración de los nuevos aspectos que hemos podido

ver de nuestras culturas: no hay detalle más distintivo de los valores morales hebreos que el Décimo Mandamiento, que prohíbe la codicia. El Código de Hamurabi y muchos otros prohíben el robo, el dar falso testimonio, y el asesinato; pero ninguno trata de evitar el crimen en su origen, condenando la codicia. Sabemos que lo distintivo de los valores hebraicos tiene su origen en gran parte en la oposición consciente a los valores paganos de Canaán. Las tabletas ugaríticas muestran al dios Baal codiciando la propiedad ajena, y el verbo ugarítico es idéntico al verbo "codiciar" del Décimo Mandamiento. Los cananeos tales como los habitantes de Ugarit adoraban dioses cuya fuerza les permitía tomar todo lo que codiciaban. La reacción de los hebreos fue el Décimo Mandamiento: un rasgo de penetración que no sólo nos puede librar del crimen, sino de la locura de malgastar nuestras vidas tratando de "no dejarse ganar por los vecinos".

El desciframiento importante más reciente se refiere a la escritura preclásica del Egeo. Es un silabario (tiene demasiados signos para ser un alfabeto) empleado para dos lenguas totalmente diferentes. Su descubridor, Arthur Evans (1851-1941) encontró ambos tipos de textos en sus excavaciones en Cnosos, Creta, a principios de siglo. Dio al primer tipo el nombre de "lineal A", y al segundo, "lineal B". Este último fue encontrado posteriormente en la Grecia continental, especialmente en Pilos y Micenas. La abundancia de tabletas "B" (millares, comparadas con unos cuantos cientos de tablillas "A") fue la causa de que los estudiosos decidieran, con toda razón, descifrar primero el "B". La desaparecida Alice Kober, de Brooklyn College, vio que cierta cantidad de grupos de palabras "B" venían en triadas, con la misma raíz, pero con variaciones en la terminación. Veamos sólo tres:

	r	n	ni
1	WXYZA	JKLA	NOPA
2	WXYZB	JKLB	NOPB
3	WXYZQ	JKM	NOR

La primera línea horizontal modifica masculinos (esta escritura tiene determinativos pictóricos que clasifican los sig-

nificados de algunas palabras); la segunda línea horizontal es de modificadores femeninos. Kober decidió que el lineal B correspondía a un idioma de inflección, que empleaba sufijos para expresar distinciones tales como caso, género y número. Hasta su muerte en 1950 a los 43 años, su trabajo fue el mejor desde el punto de vista metodológico. No trató de identificar el idioma, ni de dar valores fonéticos a los símbolos silábicos.

El paso decisivo fue dado por un arquitecto inglés, Michael Ventris (1922-1956), quien después de largos años de frustraciones decidió ver si el lineal B era una escritura del griego. Anteriormente, Ventris había pensado que era etrusco y Evans, que gozaba de un enorme prestigio, había insistido en que el lineal B no era griego. Trabajando con las triadas agrupadas por Kober, Ventris supuso que la primera línea horizontal contenía adjetivos masculinos terminados en A = yo y que la segunda línea estaba formada por adjetivos femeninos en B = ya. Eso significaba que las sílabas anteriores (Z, L, P) representaban tres consonantes distintas, todas seguidas de  $-i$  (= la vocal apropiada para la unión con  $y-$ ). Según esto, la tercera línea horizontal debía representar el sustantivo sin sufijos de adjetivo. El sufijo nominal sería  $-o$  (griego clásico  $-os$ ). Por lo tanto, Q, M y R terminan en  $-o$ . Pero Q empieza con la misma consonante que Z, M empieza con la misma consonante que L, y R con la misma consonante que P. Siguiendo este tipo de razonamiento, Ventris colocó la mayor cantidad posible de signos en un cuadro, donde los signos que empezaban con la misma consonante aparecían en la misma línea horizontal, y los que acababan con la misma vocal aparecían en la misma columna vertical. Lo único que faltaba entonces era un número suficiente de signos correctamente identificados para poder ver los valores fonéticos de todo el cuadro.

Pero, ¿qué clase de palabras eran los sustantivos de las triadas de Kober? Ventris pensó que eran nombres de lugares, porque las triadas de Pilos eran distintas de las de Cnossos. Era lógico que los nombres de lugares fueran diferentes en dos ciudades tan distantes entre sí, mientras que el vocabulario común y la gramática serían los mismos, puesto que se trataba de la misma lengua.

El paso siguiente, que era el decisivo, consistía en asignar valores fonéticos a los signos de la tercera línea de las triadas,

identificándolos con nombres de lugares. El más prometedor era WXYQ, encontrado sólo en los textos de Cnossos y que, por lo tanto, debía referirse a algún lugar cercano. W es muy frecuente, y casi siempre se encuentra en principio de palabra. En un silabario del tipo Ca/Ce/Ci/Co/Cu (C = "consonante"), todas las vocales, con excepción de las que están en principio de palabra, son parte de la sílaba. Por lo tanto, un signo que sólo se encuentre en principio de palabra debería ser una vocal. La alta frecuencia de W sugería que podría ser *a*, así que Ventris se hizo la pregunta fundamental: ¿Qué lugar cerca de Cnossos empieza con *a* seguida de tres consonantes? La respuesta que encontró era la correcta: *A-mi-ni-so* (griego normal "Amnisos": el puerto de Cnossos). Esta fue la gran apertura. Unas cuantas suposiciones igualmente acertadas dieron una base firme al desciframiento del lineal B, y la historia escrita de los griegos en Grecia se remontó a fines de la Edad de Bronce (1600-1200 A. C.).

El desciframiento del lineal A es de otro tipo. La mayoría de los signos tienen los mismos valores fonéticos en el lineal A y B, como sabemos por los mismos nombres de personas y lugares que están escritos en la misma forma en los textos de ambos tipos. El problema de identificación de la lengua del lineal A fue difícil debido a razones psicológicas, no criptoanalíticas. A pocos filólogos les agrada ver el idioma de su especialidad en una escritura nueva y exótica. Además, los textos estaban en manos de helenistas que por lo general no conocían las lenguas semíticas; y, por lo general, los semitistas no se ocupan profesionalmente del desarrollo de los estudios helenísticos. En esta época de especialización, las barreras artificiales de este tipo frecuentemente impiden el progreso. La mayoría de los helenistas se sintieron aliviados al ver que el lineal B era griego en lugar de una lengua bárbara, pero no están tan tranquilos en lo que se refiere al lineal A, que no puede ser griego (porque es muy distinto del "B"), y sin embargo representa la civilización minoica, que sentó las bases para los griegos de Micenas que escribieron en lineal B.\* La clave inicial fue dada por un

\* La identificación de la lengua expresada con el "Lineal A" como lengua semítica es una contribución original del autor de este artículo. Propuso él su opinión al respecto por primera vez en la revista *An-*

inventario de vasijas donde los escribas, además de escribir los nombres de éstas silábicamente, emplearon pictogramas. De los cinco nombres de vasijas legibles, tres son semíticos. Se observó luego que en los casos en que aparecen sumas, el total siempre lleva la mención *Ku-lu*: una palabra semítica que significa "todo" y se emplea para indicar totales en la Biblia hebrea. El signo para "trigo" está después de una palabra griega que significa "trigo" en lineal B, y de una palabra semítica que significa "trigo" en lineal A. Afortunadamente, el idioma minoico se siguió escribiendo en comunidades remotas de Creta hasta el año 300 a. c., en letras griegas. Dos de estas inscripciones tardías son bilingües: el antiguo idioma semítico está traducido al griego. Entre las palabras de uso común, prefijos y sufijos que aclara la traducción griega, están "madre", "será", y "a, para". Las fórmulas dedicatorias grabadas en piedra, tanto del período antiguo como del tardío de la lengua semítica de Creta, también se conocen gracias a las dedicatorias convencionales fenicias. Esto confirma las muchas tradiciones griegas referentes al impacto de los fenicios semitas de la antigua Grecia.

Los fenicios y hebreos hablaban dialectos mutuamente inteligibles. El desciframiento del lineal A muestra que los griegos y los hebreos compartían muchos antecedentes comunes, lo cual hace necesaria una revisión considerable del origen y carácter de la civilización occidental.

Las nuevas perspectivas se pueden ilustrar con uno de muchos ejemplos impresionantes. La tradición griega cuenta que Zeus reveló la ley a Minos en una montaña sagrada de Creta, y que Dédalo fue el inspirado artesano de Minos. Según la tradición hebrea, Dios reveló la Ley a Moisés en una montaña sagrada del Sinaí, y Bezalel fue el inspirado artesano de Moisés. No hace falta decir que la ley de Moisés era no sólo distinta en *contenido* a la ley de Minos, sino que además se oponía a ella. Pero es igualmente evidente que las civilizaciones hebrea y minoica compartían un *patrón* común del Mediterráneo Oriental en el segundo milenio.

Los descubrimientos arqueológicos y el desciframiento han

*tiquity*, xxx (1956), pp. 22-36. Su tesis, rechazada por unos y aceptada por otros durante muchos años, ha ganado con el tiempo más y más partidarios. Ver *Forgotten Scripts*, pp. 148-159. [E.]

dado una nueva vitalidad al estudio de nuestra cultura. Aunque los resultados no siempre coinciden con la opinión general, están basados en la evidencia directa y tienen la virtud de ser interesantes y objetivos a la vez.

*Traducción:* FLORA BOTTON-BURLÁ